

daban con título y señoría: si con estas esperanzas y aditamentos vos, Sancho, gustais de volver á servirme, sea en buena hora, que pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la caballería andante, es pensar en lo excusado: así que, Sancho mio, volvéos á vuestra casa, y declarad á vuestra Teresa mi intención; y si ella gustare y vos gustádes de estar á merced conmigo, *bene quidem*, y si no, tan amigos como de ántes, que si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas; y advertid, hijo, que vale mas buena esperanza que ruin posesion, y buena queja que mala paga. Hablo desta manera, Sancho, por daros á entender que tambien como vos sé yo arrojar refranes como llovidos; y finalmente quiero decir, y os digo, que si no quereis venir á merced conmigo y correr la suerte que yo corriero, que Dios quede con vos y os haga un santo, que á mí no me faltarán escuderos mas obedientes, massolicitos, y no tan empachados ni tan habladores como vos. Cuando Sancho oyó la firme resolucion de su amo, se le anubló el cielo y se le cayeron las alas del corazón: porque tenía creído que su señor no se iria sin él por todos los haberes del mundo; y así estando suspensio y pensativo, entró Sanson Carrasco, y el ama y la sobrina, deseosas de oír con qué razones persuadia á su señor que no tornase á buscar las aventuras. Llegó Sanson, socarron famoso, y abrazándole como la vez primera, con voz levantada le dijo: ¡Oh flor de la andante caballería! Oh luz resplandeciente de las armas! Oh honor y espejo de la nacion española! plega á Dios todopoderoso, donde mas largamente se contiene, que la persona ó personas que pusieren impedimento y estorbaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamas se les cumpla lo que mal desearan; y volviéndose al ama le dijo: Bien puede la señora ama no rezar mas la oracion de Sta. Apolonia, que yo sé que es determinacion precisa de las esferas, que el señor D. Quijote vuelva á ejecutar sus altos y nuevos pensamientos: y yo encargaria mucho mi conciencia si no intimase y persuadiese á este caballero que no tenga mas tiempo encojida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas, y otras cosas deste jaez, que tocan, atañen, dependen y son anejas á la órden de la caballería andante. Ea, señor D. Quijote mio, hermoso y bravo, ántes hoy que mañana se ponga vuesa merced y su grandeza en camino; y si alguna cosa faltare para ponerle en ejecucion, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda; y si fuere necesidad servir á su magnificencia de escudero, lo tendré á felicísima ventura. A esta sazón dijo D. Quijote volviéndose á Sancho: ¿No te dije yo, Sancho, que me habian de sobrar escuderos? Mira quién se ofrece á serlo, sino el inaudito bachiller Sanson Carrasco, perpetuo trastúlo y regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frio, así de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante; pero no permitta el cielo que por seguir mi gusto desjarrete y quiebre la columna de las letras y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes: quédese el nuevo

Sanson en su patria, y honrándola honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con cualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo. Si digno, respondió Sancho entrecerrado y llenos de lágrimas los ojos, y prosiguió: No se dirá por mí, señor mio, el pan comido y la compañía deshecha; si, que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quién fuéron los Panzas de quien yo deciendo, y mas que tengo conocido y calado por muchas buenas obras y por mas buenas palabras el deseo que vuesa merced tiene de hacerme merced, y si me he puesto en cuentas de tanto mas cuanto acerca de mi salario, ha sido por complacer á mi mujer, la cual cuando toma la mano á persuadir una cosa, no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba, como ella aprieta á que se haga lo que quiere; pero en efecto el hombre ha de ser hombre y la mujer mujer; y pues yo soy hombre donde quiera, que no lo puedo negar, tambien lo quiero ser en mi casa, pese á quien pesare; y así no hay mas que hacer sino que vuesa merced ordene su testamento con su codicilo, en modo que no se pueda revolver, y pongámonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sanson, que dice que su conciencia le lita que persuada á vuesa merced á salir vez tercera por ese mundo, y yo de nuevo me ofrezco á servir á vuesa merced fiel y legalmente, tan bien y mejor que cuantos escuderos han servido á caballeros andantes en los pasados y presentes tiempos. Admirado quedó el bachiller de oír el término y modo de hablar de Sancho Panza, que puesto que habia leído la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero oyéndole decir ahora testamento y codicilo que no se pueda revolver, en lugar de testamento y codicilo que no se pueda revocar, creyó todo lo que dél habia leído, y confirmólo por uno de los mas solemnes mentecatos de nuestros siglos; y dijo entre sí, que tales dos locos como amo y mozo no se habrian visto en el mundo. Finalmente, D. Quijote y Sancho se abrazaron y quedaron amigos, y con parecer y beneplácito del gran Carrasco, que por entónces era su oráculo, se ordenó que de allí á tres dias fuese su partida, en los cuales habria lugar de aderezar lo necesario para el viaje, y de buscar una celada de encaje, que en todas maneras, dijo D. Quijote, que la habia de llevar. Ofreciósele Sanson, porque sabia no se la negaria un amigo suyo que la tenia, puesto que estaba mas escura por el orín y el moho, que clara y limpia por el terso acero. Las maldiciones que las dos, ama y sobrina echaron al bachiller, no tuvieron cuento: mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas que se usaban, lamentaban la partida como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sanson para persuadirle á que otra vez saliese, fué hacer lo que adelante cuenta la historia, todo por consejo del cura y del barbero, con quien él ántes lo habia comunicado. En resolucion, en aquellos tres dias D. Quijote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles, y habiendo aplacado Sancho á su mujer, y D. Quijote á su sobrina y á su ama, al anoecer, sin que nadie lo viese sino el bachiller que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso, D. Quijote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo rucio, proveidas las alforjas de cosas tocantes á la bucó-

lica, y la bolsa de dineros que le dió D. Quijote para lo que se ofreciese. Abrazóle Sanson, y suplicóle le avisase de su buena ó mala suerte, para alegrarse con esta ó entristecerse con aquella, como las leyes de su amistad pedian. Prometióselo D. Quijote; dió Sanson la vuelta á su lugar, y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso.

CAPITULO VIII.

Donde se cuenta lo que le sucedió á D. Quijote yendo á ver á su señora Dulcinea del Toboso.

Bendito sea el poderoso Alá, dice Hamete Benengeli al comienzo deste octavo capítulo: bendito sea Alá, repite tres veces, y dice que da estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña á D. Quijote y á Sancho, y que los lectores de su agradable historia pueden hacer cuenta que desde este punto comienzan las hazañas y donaires de D. Quijote y de su escudero: persuádeles que se les olviden las pasadas caballerías del ingenioso hidalgo, y pongan los ojos en las que están por venir, que desde ahora en el camino del Toboso comienzan, como las otras comenzaron en los campos de Montiel: y no es mucho lo que pide para tanto como él promete, y así prosigue diciendo:

Solos quedaron D. Quijote y Sancho, y apenas se hubo apartado Sanson cuando comenzó á relinchar Rocinante y á sospirar el rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fué tenido á buena señal y por felicísimo agüero; aunque si se ha de contar la verdad, mas fuéron los sospiros y rebuznos del rucio, que los relinchos del rocín, de donde coligió Sancho que su ventura habia de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose no sé si en astrologia judiciaria que él se sabia, puesto que la historia no lo declara; solo le oyeron decir que cuando tropezaba ó caía se holgara no habersalido de casa, porque del tropezar ó caer no se sacaba otra cosa sino el zapato roto ó las costillas quebradas, y aunque tanto no andaba en esto muy fuera de camino. Dijole D. Quijote: Sancho amigo, la noche se nos va entrando á mas andar, y con mas escuridad de la que habiamos menester para alcanzar á ver con el dia al Toboso, adonde tengo determinado de ir ántes que en otra aventura me ponga, y allí tomaré la bendicion y buena licencia de la sin par Dulcinea, con la cual licencia pienso y tengo por cierto de acabar y dar felice cima á toda peligrosa aventura, porque ninguna cosa desta vida hace mas valientes á los caballeros andantes, que verse favorecidos de sus damas. Yo así lo creo, respondió Sancho; pero tengo por dificultoso que vuesa merced pueda hablarla ni verse con ella en parte á lo ménos que pueda recibir su bendicion, si ya no se le echa desde las bardas del corral por donde yo la vi la vez primera, cuando le llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que vuesa merced quedaba haciendo en el corazón de Sierra-Morena. Bardas de corral se te antojaron aquellas, Sancho, dijo D. Quijote, adonde ó por donde viste aquella jamas bastantemente alabada gentileza y hermosura? No debian de ser sino galerías ó corredores ó lonjas, ó como las llaman, de ricos y reales palacios. Todo pudo ser, respondió Sancho; pero á mí bardas me parecieron, si no es que soy falto de memoria. Con todo eso vamos allá, Sancho, replicó D. Quijote, que como yo la vea, eso se me da que sea por bardas que por ventanas, ó por resquicios ó verjas de jardines, que cualquier rayo que del sol de su belleza llegue á mis

ojos, alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazón de modo, que quede único y sin igual en la discrecion y en la valentía. Pues en verdad, señor, respondió Sancho, que cuando yo ví ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro que pudiese echar de sí rayos algunos; y debió de ser que como su merced estaba aechando aquel trigo que dije, el mucho polvo que sacaba se le puso como nube ante el rostro y se le oscureció. ¿Qué, todavía das, Sancho, dijo D. Quijote, en decir, en pensar, en creer y en porfiar que mi señora Dulcinea aechaba trigo, siendo eso un menester y ejercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales que están constituidas y guardadas para otros ejercicios y entretenimientos que muestran á tiro de ballesta su principalidad? Mal se te acuerdan á tí, ó Sancho, aquellos versos de nuestro Poeta, donde nos pinta las labores que hacian allá en sus moradas de cristal aquellas cuatro ninfas que del Tajo amado sacaron las cabezas, y se sentaron á labrar en el prado verde aquellas ricas telas que allí el ingenioso poeta nos describe, que todas eran de oro, sirgo y perlas contestas y tejidas: y desta manera debia de ser lo de mi señora cuando tú la viste, sino que la envidia que algun mal encantador debe de tener á mis cosas, todas las que me han de dar gusto trueca y vuelve en diferentes figuras que ellas tienen: y así temo que en aquella historia que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algun sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divirtiéndose á contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuacion de una verdadera historia. ¡Oh envidia, raíz de infinitos males, y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo, pero el de la envidia no trae sino disgustos, rancores y rabias. Eso es lo que yo digo tambien, respondió Sancho, y pienso que en esa leyenda ó historia que nos dijo el bachiller Carrasco que de nosotros habia visto, debe de andar mi honra á coche acá chinchado, y como dicen, al estricote, aquí y allí bariendo las calles: pues á fe de bueno, que no he dicho yo mal de ningun encantador, ni tengo tantos bienes que pueda ser envidiado: bien es verdad que soy algo malicioso, y que tengo mis ciertos asomos de bellaco; pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mia, siempre natural y nunca artificiosa: y cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia católica romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos, debian los historiadores tener misericordia de mí, y tratarme bien en sus escritos; pero digan lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano, aunque por verme puesto en libros, y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieren. Eso se parece, Sancho, dijo D. Quijote, á lo que sucedió á un famoso poeta destos tiempos, el cual habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas, no puso ni nombró en ella á una dama que se podia dudar si lo era ó no, la cual viendo que no estaba en la lista de las damas, se quejó al poeta diciéndole que qué habia visto en ella para no ponerla en el número de las otras, y que alargase la sátira, y la pusiese en el ensanche, si no, que mirase para lo que habia na-

cido. Hizolo así el poeta, y púsola cual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha por verse con fama, aunque infame. También viene con esto lo que cuentan de aquel pastor, que puso fuego y abrasó el templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, solo porque quedase vivo su nombre en los siglos venideros; y aunque se mandó que nadie le nombrase ni hiciese por palabra ó por escrito mención de su nombre, porque no consiguiese el fin de su deseo, todavía se supo que se llamaba Eróstrato. También alude á esto lo que sucedió al grande emperador Cárlos Quinto con un caballero en Roma. Quiso ver el Emperador aquel famoso templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el templo de Todos los Dioses, y ahora con mejor vocación se llama de Todos los Santos, y es el edificio que mas entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que mas conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores: él es de hechura de una media naranja, grandísimo en extremo, y está muy claro sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana, ó por mejor decir, claraboya redonda que está en su cima, desde la cual mirando el Emperador el edificio, estaba con él y á su lado un caballero romano declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitectura, y habiéndose quitado de la claraboya dijo al Emperador: Mil veces, sacra Majestad, me vino deseo de abrazarme con vuestra Majestad, y arrojarme de aquella claraboya abajo por dejar de mi fama eterna en el mundo. Yo os agradezco, respondió el Emperador, el no haber puesto tan mal pensamiento en efecto, y de aquí adelante no os pondré yo en ocasión que volvais á hacer prueba de vuestra lealtad, y así os mando que jamas me habéis ni estéis donde yo estuviere; y tras estas palabras le hizo una gran merced. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó á Horacio del puente abajo, armado de todas armas en la profundidad del Tíber? ¿Quién abrasó el brazo y la mano á Mucio? ¿Quién impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? ¿Quién, contra todos los agüeros que en contra se le habían mostrado, hizo pasar el Rubicon á César? Y, con ejemplos mas modernos, ¿quien barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fuéron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premio y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos católicos y andantes caballeros mas habemos de atender á la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que á la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado: así, ó Sancho, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religion cristiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes á la soberbia, á la envidia en la generosidad y buen pecho, á la ira en el reposado continente y quietud del ánimo, á la gula y al sueño en el poco comer que comemos, y en el mucho velar que velamos; á la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos, á la pereza con andar por todas

las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanza que consigo trae la buena fama. Todo lo que vuesa merced hasta aquí me ha dicho, dijo Sancho, lo he entendido muy bien; pero con todo eso querria que vuesa merced me sorbiese una duda que ahora en este punto me ha venido á la memoria. Asolviese quieres decir, Sancho, dijo D. Quijote: di en buen hora, que yo responderé lo que supiere. Dígame, señor, prosiguió Sancho, esos Julios ó Agostos, y todos esos caballeros hazañosos que ha dicho que ya son muertos, ¿dónde están ahora? Los gentiles, respondió D. Quijote, sin duda están en el infierno; los cristianos, si fuéron buenos cristianos, ó están en el purgatorio ó en el cielo. Está bien, dijo Sancho; pero sepamos ahora: esas sepulturas donde están los cuerpos desos señorazos ¿tienen delante de sí lámparas de plata, ó están adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas y de ojos de cera? y si desto no, ¿de qué están adornadas? A lo que respondió D. Quijote: Los sepulcros de los gentiles fuéron por la mayor parte suntuosos templos: las cenizas del cuerpo de Julio César se pusieron sobre una pirámide de piedra de desmesurada grandeza, á quien hoy llaman en Roma la Aguja de San Pedro. Al emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, á quien llamaron *Moles Hadriani*, que ahora es el castillo de Santángel en Roma. La reina Artemisa sepultó á su marido Mausoleo en un sepulcro que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo; pero ninguna destas sepulturas ni otras muchas que tuvieron los gentiles se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas y señales que mostrasen ser santos los que en ellas estaban sepultados. A eso voy, replicó Sancho; y dígame ahora, ¿cuál es mas, resucitar á un muerto, ó matar á un gigante? La respuesta está en la mano, respondió D. Quijote; mas es resucitar á un muerto. Cogido le tengo, dijo Sancho; luego la fama del que resucita muertos, da vista á los ciegos, endereza los cojos y da salud á los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lámparas, y están llenas sus capillas de gentes devotas que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama será para este y para el otro siglo que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo. También confieso esa verdad, respondió D. Quijote. Pues esta fama, estas gracias, estas prerogativas, como llaman á esto, respondió Sancho, tienen los cuerpos y las reliquias de los santos, que con aprobacion y licencia de nuestra santa madre Iglesia tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devocion y engrandecen su cristiana fama. Los cuerpos de los santos ó sus reliquias llevan los reyes sobre sus hombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oratorios y sus mas preciados altares. ¿Qué quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dijo D. Quijote. Quiero decir, dijo Sancho, que nos demos á ser santos, y alcanzaremos mas brevemente la buena fama que pretendemos: y adviértale, señor, que ayer ó antes de ayer (que segun há poco, se puede decir desta manera) canonizaron ó beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro con que ceñian y atormentaban sus cuerpos se

tiene ahora á gran ventura el besarlas y tocarlas, y están en mas veneracion que está, segun dije, la espada de Roldan en la armería del Rey nuestro señor, que Dios guarde. Así que, señor mio, mas vale ser humilde frailecito de cualquier orden que sea, que valiente y andante caballero; mas alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas que dos mil lanzadas, ora las dén á gigantes, ora á vestiglos ó á endriagos. Todo eso es así, respondió D. Quijote; pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios á los suyos al cielo: religion es la caballería, caballeros santos hay en la gloria. Sí, respondió Sancho; pero yo he oido decir que hay mas frailes en el cielo, que caballeros andantes. Eso es, respondió D. Quijote, porque es mayor el número de los religiosos que el de los caballeros. Muchos son los andantes, dijo Sancho. Muchos, respondió D. Quijote; pero pocos los que merecen nombre de caballeros. En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el dia siguiente sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó á D. Quijote. En fin, otro dia al anochecer descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus á D. Quijote, y se le entristecieron á Sancho, porque no sabía la casa de Dulcinea, ni en su vida la habia visto, como no la habia visto su señor; de modo que el uno por verla, y el otro por no haberla visto, estaban alborotados, y no imaginaba Sancho qué habia de hacer cuando su dueño le enviase al Toboso. Finalmente, ordenó D. Quijote entrar en la ciudad entrada la noche, y en tanto que la hora se llegaba se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y llegado el determinado punto entraron en la ciudad, donde les sucedió cosas que á cosas llegan.

CAPITULO IX.

Donde se cuenta lo que en él se verá.

Media noche era por filo poco mas á ménos, cuando D. Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormian y reposaban á pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entreclara, puesto que quisiera Sancho que fuera del todo oscura por hallar en su escuridad disculpa de su sandez. No se oia en todo el lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oídos de D. Quijote y turbaban el corazon de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñian puercos, mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche: todo lo cual tuvo el enamorado caballero á mal agüero; pero con todo esto dijo á Sancho: Sancho hijo, guía al palacio de Dulcinea, quizá podrá ser que la hallemos despierta. ¿A qué palacio tengo de guiar, cuerpo del sol, respondió Sancho, que en el que yo vi á su grandeza no era sino casa muy pequeña? Debía de estar retirada entónces, respondió D. Quijote, en algun pequeño apartamiento de su alcázar solazándose á solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas. Señor, dijo Sancho, ya que vuesa merced quiere, á pesar mio, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea, ¿es hora esta por ventura de hallar la puerta abierta? Y será bien que demos aldabazos para que nos oyan y nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la gente? ¿Vamos por dicha á llamar á la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan, y llaman, y entran á cualquier

hora, por tarde que sea? Hallemos primero una por una el alcázar, replicó D. Quijote, que entónces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos: y adviértale, Sancho, que ó yo veo poco, ó que aquel bulto grande y sombra que desde aquí se descubre, la debe de hacer el palacio de Dulcinea. Pues guie vuesa merced, respondió Sancho, quizá será así, aunque yo lo veré con los ojos, y lo tocaré con las manos, y así lo creeré yo como creer que es ahora de dia. Guió D. Quijote, y habiendo andado como docientos pasos dió con el bulto que hacia la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo, y dijo: Con la iglesia hemos dado, Sancho. Ya lo veo, respondió Sancho, y plega á Dios que no démos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los cementerios á tales horas, y mas habiendo yo dicho á vuesa merced, si mal no me acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida. Maldito seas de Dios, mentecato, dijo D. Quijote: ¿adónde has tú hallado que los alcázares y palacios reales estén edificados en callejuelas sin salida? Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso; quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los palacios y edificios grandes; y así suplico á vuesa merced me deje buscar por estas calles ó callejuelas que se me ofrecen, podria ser que en algun rincón topase con ese alcázar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos y asendereados. Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora, dijo D. Quijote, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la sogá tras el caldero. Yo me reportaré, respondió Sancho; ¿pero con qué paciencia podré llevar que quiera vuesa merced que desola una vez que vi la casa de nuestra ama, la haya de saber siempre y hallarla á media noche, no hallándola vuesa merced, que la debe de haber visto millares de veces? Tú me harás desesperar, Sancho, dijo D. Quijote: ven acá, hereje, ¿no te he dicho mil veces que en todos los dias de mi vida no he visto á la sin par Dulcinea, ni jamas atravesé los umbrales de su palacio, y que solo estoy enamorado de oidas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta? Ahora lo oigo, respondió Sancho, y digo, que pues vuesa merced no la ha visto, ni yo tampoco. Eso no puede ser, replicó D. Quijote, que por lo ménos ya me has dicho tú que la viste acchando trigo cuando me trujiste la respuesta de la carta que le envié contigo. No se atenga á eso, señor, respondió Sancho, porque le hago saber que tambien fué de oidas la vista y la respuesta que le truje, porque así sé yo quién es la señora Dulcinea como dar un puño en el cielo. Sancho, Sancho, respondió D. Quijote, tiempos hay de burlar, y tiempos donde caen y parecen mal las burlas: no porque yo diga que ni he visto ni hablado á la señora de mi alma, has tú de decir tambien que ni la has hablado ni visto, siendo tan al revés como sabes. Estando los dos en estas pláticas vieron que venia á pasar por donde estaban uno con dos mulas, que por el ruido que hacia el arado que arrastraba por el suelo, juzgaron que debía de ser labrador, que habria madrugado antes del dia á ir á su labranza; y así fué la verdad. Venia el labrador cantando aquel romance que dice:

Mala la hubistes, franceses,
La caza de Roncesvalles.

Que me maten, Sancho, dijo en oyéndole D. Quijote, si nos ha de suceder cosa buena esta noche. ¿No oyes lo

que viene cantando ese villano? Si oigo, respondió Sancho; ¿pero qué hace á nuestro propósito la caza de Roncesvalles? Así pudiera cantar el romance de Calainos, que todo fuera uno, para sucedernos bien ó mal en nuestro negocio. Llegó en esto el labrador, á quien D. Quijote preguntó: ¿Sabréisme decir, buen amigo, que buena ventura os dé Dios, dónde son por aquí los palacios de la sin par princesa D.^a Dulcinea del Toboso? Señor, respondió el mozo, yo soy forastero, y há pocos dias que estoy en este pueblo sirviendo á un labrador rico, en la labranza del campo; en esa casa frontera viven el cura y el sacristan del lugar, entrambos ó cualquier dellos sabrá dar á vuesa merced razon desá señora princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso; aunque para mí tengo que en todo él no vive princesa alguna, muchas señoras sí principales, que cada una en su casa puede ser princesa. Pues entre esas, dijo D. Quijote, debe de estar, amigo, esta por quien te pregunto. Podría ser, respondió el mozo, y adios, que ya viene el alba; y dando á sus mulas no atendió á mas preguntas. Sancho, que vió suspensó á su señor y asaz mal contento, le dijo: Señor, ya se viene á mas andar el dia, y no será acertado dejar que nos halle el sol en la calle; mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad, y que vuesa merced se embosque en alguna floresta aquí cercana, y yo volveré de dia, y no dejaré ostugo en todo este lugar donde no busque la casa, alcázar ó palacio de mi señora; y asaz sería de desdichado si no le hallase, y hallándole hablaré con su merced, y le diré dónde y cómo queda vuesa merced esperando que le dé orden y traza para verla sin menoscabo de su honra y fama. Has dicho, Sancho, dijo D. Quijote, mil sentencias encerradas en el círculo de breves palabras: el consejo que ahora me has dado le apetezco y recibo de bonísima gana: ven, hijo, y vamos á buscar donde me embosque, que tú volverás como dices á buscar, á ver y hablar á mi señora, de cuya discrecion y cortesía espero mas que milagrosos favores. Rabiaba Sancho por sacar á su amo del pueblo, porque no averiguase la mentira de la respuesta que de parte de Dulcinea le habia llevado á Sierra-Morena, y así dió priesa á la salida, que fué luego, y á dos millas del lugar hallaron una floresta ó bosque donde D. Quijote se emboscó en tanto que Sancho volvía á la ciudad á hablar á Dulcinea, en cuya embajada le sucedieron cosas que piden nueva atencion y nuevo crédito.

CAPITULO X.

Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar á la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridiculos como verdaderos.

Llegando el autor desta grande historia á contar lo que en este capítulo cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no habia de ser creído, porque las locuras de D. Quijote llegaron aquí al término y raya de las mayores que pueden imaginarse, y aun pasaron dos tiros de ballesta mas allá de las mayores. Finalmente, aunque con este miedo y recelo, las escribió de la misma manera que él las hizo, sin añadir ni quitar á la historia un átomo de la verdad, sin dársele nada por las objeciones que podian ponerle de mentiroso: y tuvo razon, porque la verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira como el aceite sobre el agua; y así prosie-

guiendo su historia dice, que así como D. Quijote se emboscó en la floresta, encinar ó selva junto al gran Toboso, mandó á Sancho volver á la ciudad, y que no volviese á su presencia sin haber primero hablado de su parte á su señora, pidiéndola fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero, y se dignase de echarle su bendicion para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultades empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se le mandaba, y de traerle tan buena respuesta como le trujo la vez primera. Anda, hijo, replicó D. Quijote, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas á buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria, y no se te pase della cómo te recibe, si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embajada, si se desasosiega y turba oyendo mi nombre, si no cabe en la almohada si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad, y si está en pié, mírala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pié, si te repite la respuesta que te diere dos ó tres veces, si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa, si levanta la mano al cabello para comenarle aunque no esté desordenado: finalmente, hijo, mira todas sus acciones y movimientos, porque si tú me los relatares como ellos fuéron, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazon acerca de lo que al fecho de mis amores toca: que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes las acciones y movimientos exteriores que muestran cuando de sus amores se trata, son certísimos correos que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Vé, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas. Yo iré y volveré presto, dijo Sancho; y ensanche vuesa merced, señor mio, ese corazoncillo, que le debe tener ahora no mayor que una avellana: y considere que se suele decir, que buen corazon quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos no hay estacas, y tambien se dice, donde no se piensa salta la liebre: dígolo, porque si esta noche no hallamos los palacios ó alcázares de mi señora, ahora que es de dia los pienso hallar cuando ménos lo piense, y hallados déjenme á mí con ella. Por cierto, Sancho, dijo D. Quijote, que siempre traes tus refranes tan á pelo de lo que tratamos, cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo. Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y vareó su rucio, y D. Quijote se quedó á caballo descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le dejarémos yéndonos con Sancho Panza, que no ménos confuso y pensativo se apartó de su señor que él quedaba, y tanto, que apenas hubo salido del bosque, cuando volviendo la cabeza, y viendo que D. Quijote no parecia, se apeó del jumento, y sentándose al pié de un árbol comenzó á hablar consigo mismo, y á decirse: Sepamos ahora, Sancho hermano, adónde va vuesa merced. ¿Va á buscar algun jumento que se le haya perdido? No por cierto. ¿Pues qué va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una princesa, y en ella al sol de la hermosura y á todo el cielo junto. ¿Y adónde pensais hallar eso que decís, Sancho? ¿Adónde? en la gran ciudad del Toboso. Y bien, ¿y de parte de quién la vais á buscar? De parte del famoso caballero D. Quijote de la Mancha, que desface los

tuerfos, y da de comer al que ha sed, y de beber al que ha hambre. Todo eso está muy bien. ¿Y sabeis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos reales palacios, ó unos soberbios alcázares. ¿Y habeisla visto algun dia por ventura? Ni yo ni mi amo la habemos visto jamas. ¿Y paréceos que fuera acertado y bien hecho que si los del Toboso supiesen que estáis vos aquí con intencion de ir á sonsacarles sus princesas, y á desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas á puros palos, y no os dejasen hueso sano? En verdad que tendrian mucha razon cuando no considerasen que soy mandado, y que mensajero sois; amigo, no mereceis culpa, non. No os fieis en eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios, que si os huele, que os mando mala aventura. Oste, puto, allá darás, rayo: no sino ándeme yo buscando tres piés al gato por el gusto ajeno; y mas que así será buscar á Dulcinea por el Toboso como á Maticia por Ravena, ó al bachiller en Salamanca: el diablo, el diablo me ha metido á mí en esto, que otro no. Este solloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó del fué que volvió á decirse: Ahora bien, todas las cosas tienen remedio si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun tambien yo no le quedo en zaga, pues soy mas mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refran que dice: Dime con quién andas, decirte he quién eres, y el otro de no con quien naces, sino con quien paces. Siendo pues loco, como lo es, y de locura que las mas veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas á este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él jurare, tornaré yo á jurar; y si porfiare, porfiaré yo mas, y de manera que tengo de tener la mia siempre sobre el hito, venga lo que viniere: quizá con esta porfia acabaré con él que no me envíe otra vez á semejantes mensajerías viendo cuán mal recado le traigo dellas; ó quizá pensará, como yo imagino, que algun mal encantador destos que él dice que le quieren mal, la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño. Con esto que pensó Sancho Panza quedó sosegado su espíritu, y tuvo por bien acabado su negocio, y detúvose allí hasta la tarde por dar lugar á que D. Quijote pensase que le habia tenido para ir y volver del Toboso; y sucedióle todo tan bien, que cuando se levantó para subir en el rucio vió que del Toboso hacía donde él estaba venian tres labradoras sobre tres pollinos ó pollinas, que el autor no lo declara, aunque mas se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las aldeanas; pero como no va mucho en esto, no hay para qué detenernos en averiguarlo. En resolucion, así como Sancho vió á las labradoras, á paso tirado volvió á buscar á su señor D. Quijote, y hallóle suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como D. Quijote le vió le dijo: ¿Qué hay, Sancho amigo? ¿Podré señalar este dia con piedra blanca, ó con negra? Mejor será, respondió Sancho, que vuesa merced le señale con almagre, como rétulos de cátedras, porque le

echen bien de ver los que le vieren. Dese modo, replicó D. Quijote, buenas nuevas traes. Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene mas que hacer vuesa merced sino picar á Rocinante y salir á lo raso á ver á la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene á ver á vuesa merced. ¡Santo Dios! ¿qué es lo que dices, Sancho amigo? dijo D. Quijote. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas. ¿Qué sacaría yo de engañar á vuesa merced, respondió Sancho, y mas estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga y verá venir á la princesa nuestra ama, vestida y adornada, en fin como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazoreas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de mas de diez altos; los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento; y sobre todo vienen á caballo sobre tres canaenas remendadas, que no hay mas que ver. Hacaneas querrás decir, Sancho. Poca diferencia hay, respondió Sancho, de canaenas á hacaneas; pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las mas galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea, mi señora, que pasma los sentidos. Vamos, Sancho hijo, respondió D. Quijote, y en albricias destas no esperadas como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere, y si esto no te contenta, te mando las crias que este año me dieren las tres yeguas mías, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo. A las crias me atengo, respondió Sancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto. Ya en esto salieron de la selva y descubrieron cerca á las tres aldeanas. Tendió D. Quijote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vió sino á las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó á Sancho si las habia dejado fuera de la ciudad. ¿Cómo fuera de la ciudad? respondió: ¿por ventura tiene vuesa merced los ojos en el colodrillo, que no ve que son estas que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol á mediodía? Yo no veo, Sancho, dijo D. Quijote, sino á tres labradoras sobre tres borricos. Ahora me libre Dios del diablo, respondió Sancho, ¿y es posible que tres hacaneas, ó como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan á vuestra merced borricos? Vive el Señor, que me péle estas barbas si tal fuese verdad. Pues yo te digo, Sancho amigo, que es tan verdad que son borricos ó borricas, como yo soy D. Quijote y tú Sancho Panza: á lo ménos á mí tales me parecen. Calle, señor, dijo Sancho, no diga la tal palabra, sino despabile esos ojos, y venga á hacer reverencia á la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca: y diciendo esto se adelantó á recibir á las tres aldeanas, y apeándose del rucio tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, y hincando ambas rodillas en el suelo, dijo: Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de fecibir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulso de verse ante vuesa magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza su escudero, y él es el asendereado caballero D. Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre el caballero de la Triste Figura. A esta sazón ya se habia puesto D. Quijote de hinojos junto á Sancho, y miraba